

Como HIPARCO creía que las estrellas podrían moverse se atrevió a catalogarlas, fijando su posición y magnitud. Y añade PLINIO:

“Proporcionaba así el medio de reconocer fácilmente, no sólo si las estrellas morían o nacían, sino si esta o aquella o una u otra, sin omisión posible, atravesaba el cielo, crecía o disminuía, dejando el cielo en herencia a toda la humanidad para el caso en que se encontrase un hombre capaz de recibirlas” (72).

Esta *nova* aparecida el año —134 fue tomada por un cometa y no produjo fisura en el firme y bien trabado edificio de la cosmología aristotélica.

Pero en otro orden de cosas, SABUCO acepta, admite, la aparición desconcertante de una *nueva* estrella, lo que contraviene el dogmatismo oficial. Esto parece que no le preocupa nada a SABUCO; recordemos que el contexto en donde aparece el fragmento que en latín y español presentamos no es astronómico (como pudiera ser el *Coloquio en que trata la compostura del mundo como está*) sino de filosofía natural y médica (como es la *Vera philosophia de natura mistorum, hominis & mundi*). En efecto, en un largo capítulo (*De alimento formarum simplicium*), recapitulador de lo expuesto en el tratado (pues termina así: “esta es (querido Doctor) la verdadera física del mundo, y... la verdadera filosofía...), SABUCO señala la interacción de los cuatro elementos simples en el mundo sublunar, de los que la luna sintetiza tres: el agua (la leche lunar), el aire (en su forma más natural: vientos), el éter (que es el aire sublime y enrarecido, es decir, el fuego). Estos tres elementos alimentan y vivifican la tierra, impelidos por la acción nutriente de la luna (en este capítulo la voz “luna” aparece en 22 ocasiones, de un total de 112 ocasiones en todo el tratado: una verdadera selenofilia). En ese punto, SABUCO asciende de la luna hasta el último orbe (*usque ad ultimum orbem*). Esto no lo vio ARISTOTELES, dice. Diez veces menciona a ARISTOTELES en este tratado y siempre para decir que se equivocó. Todas las leches lunares (repetimos, aire, agua, fuego) nacidas de la misma madre, son amigas e intercambiables entre sí (*commutabilia*); esto sólo acontece en aquellos cuerpos que de forma rara cambian el lugar más elevado, y viceversa. Un caso de estos fue el cometa o más bien estrella brillantísima que se vio en Casiopea.

Si SABUCO concluye con el fulgor de esta nueva estrella que “el alimento del fuego es también como la leche de la luna, de hecho el vapor; calentado, nutre la llama”, a mi juicio no se encuentra tan opuesto al pensamiento de ARISTOTELES, quien dice que el fuego es naturalmente llevado al límite terminal del Universo (73).

Después del fragmento que venimos estudiando, SABUCO obtiene como

(72) *Ibidem*, loc. cit.

(73) Cf. ARISTOTELES, *De generatione et corruptione*: “(Sólo el fuego) es el que principalmente corresponde a la forma, por ser naturalmente llevado al límite terminal del Universo” (335 a 18-20). Hemos consultado la versión franco-latina de la Collection... Budé (París, 1966) al cuidado de Ch. MUGLER.